

Te odio, te quiero: la degradación sentimentaloides de la comunicación política contemporánea (y un muestrario de evidencias)

I Hate You, I Love You: The Sentimental Degradation of Contemporary Political Communication (and an Array of illustrations)

José Luis Dader García
Universidad Complutense de Madrid

Referencia de este artículo

Dader García, José Luis (2024). Te odio, te quiero: la degradación sentimentaloides de la comunicación política contemporánea (y un muestrario de evidencias). *adComunica. Revista Científica de Estrategias, Tendencias e Innovación en Comunicación*, n°28. Castellón de la Plana: Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universitat Jaume I, 169-198. DOI: <http://dx.doi.org/10.6035/adcomunica.7895>.

Palabras clave

Comunicación política; emociones políticas; postmodernidad; márketing político; Democracia Sentimental; populismo.

Keywords

Political Communication; political emotions; Postmodern thought; political marketing; Sentimental Democracy; populism

Resumen

La comunicación política, según subraya la investigación contemporánea en ciencias humanas y sociales, siempre ha combinado una vertiente racional y otra emotiva. Sin embargo, el «habitus emocional» contemporáneo muestra cada vez más evidencias de que el debate racional y los datos o hechos probados quedan postergados o deslegitimados ante la primacía de los componentes emotivo-sentimentales del discurso político y la escenificación política actuales. El pensamiento postmoderno, con sus tres oleadas sucesivas de radicalización, ha logrado capilarizarse en las sociedades democráticas occidentales hasta constituir un «capitalismo emocional» que tiraniza buena parte de las discusiones públicas, las acciones de los gobernantes y las estrategias de las campañas políticas. Los excesos del sentimentalismo político son aplicados sobre todo por los movimientos populistas, pero el márketing político ofrece esas estrategias a cualquier actor social, con consecuencias a menudo dañinas para la democracia. A partir de estos aspectos el artículo desarrolla una fundamentación teórica en la línea de la denominación de «Democracia Sentimental», propuesta por otros autores. Ella se ilustra mediante una serie de casos de la comunicación política reciente (apelaciones sentimentales de presidentes de gobierno y otros dirigentes políticos, escenificaciones sensacionalistas en el Congreso de Diputados, procesos judiciales de Eduardo Zaplana y Juana Rivas, etc.). Como conclusión se plantea que la defensa de la racionalidad democrática y de sus instituciones de equilibrio requiere incorporar también dosis eficientes de emotividad para sostener la afición de los ciudadanos a la coherencia lógica de las propuestas y la prevalencia de los datos probados frente a las ensoñaciones.

Abstract

Political communication, as emphasized by contemporary research in the human and social sciences, has always combined both rational and emotional dimensions. However, the contemporary «emotional habitus» increasingly manifests compelling indications that rational discourse and fidelity to empirical evidence are relegated or even delegitimized in favor of the primacy of emotional-sentimental components in current political discourse and public performances. Postmodern thought, delineated through successive waves of radicalization, have effectively permeated Western democratic societies, culminating in the developing of an «emotional capitalism» that exerts hegemony over substantial domains of public discourse, governmental actions, and the strategic underpinnings of political cam-

paings. The excesses of political sentimentality are primarily wielded by populist movements, but political marketing offers these strategies to any social actor, often with harmful consequences for democracy. From these core elements, the article develops a theoretical foundation in line with the concept of «Sentimental Democracy», coined by other authors for the new type of political environment. That is illustrated through a series of recent political communication cases (sentimental appeals by government presidents and other political leaders, sensationalist performances in the Congress of Deputies, judicial processes involving Eduardo Zaplana and Juana Rivas, etc.). As a conclusion, it is argued that defending democratic rationality and its balancing institutions requires incorporating efficient doses of emotion to sustain citizens' attachment to the logical coherence of proposals and the primacy of empirically substantiated data over fanciful conjectures in political discussions and performances.

Autor

José Luis Dader García (dader@ucm.es) es Catedrático de Periodismo. Departamento de Periodismo y Comunicación Global. Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense. Especializado en Comunicación Política, Ciberpolítica y Ciberdemocracia. Autor entre otros trabajos de *La búsqueda digital del voto. Ciber campañas electorales en España 2015-16*. Valencia: Tirant lo Blanch; coeditado con Eva Campos.

I. La dualidad emoción y razón en la comunicación política

La conciencia humana siempre ha combinado un vector racional y un impulso emocional (o sentimental). Durante algunos siglos el intelectualismo ilustrado occidental y su aplicación al progreso parecían haber desacreditado la dimensión emotiva como un residuo de Antiguo Régimen, recluyéndola a la marginalidad de la vida privada, la experiencia artística o espiritual y el esparcimiento lúdico. Por eso el espacio público y el ejercicio de la ciudadanía simulaban ser un ámbito de confrontación de argumentos que se debatirían mediante propuestas racionalizadas con mayor o menor eficiencia demostrativa. Toda la teoría democrática liberal se basa en el optimismo racionalista de que la confrontación abierta de las ideas generará una voluntad general orientada hacia el bien de la mayoría, al estar sometida constantemente a la revisión de la crítica plural.

Una amplia corriente de investigación psicológica y neurocientífica (Solomon, 1976; Frijda, 1986; De Sousa, 1990; Damasio, 1994; Goleman, 1995; Marcus, 2002; Gallese y Lakoff, 2005; Marcus et al., 2007, y un largo etcétera heredero de la filosofía de las «afecciones» de Baruch Spinoza) ha recuperado sin embargo, en las últimas décadas, el reconocimiento del papel siempre presente y a menudo predominante del componente emocional-sentimental en el discernimiento y actuar humanos; no sólo en las facetas interpersonales y más particulares, sino también en las interacciones sociales, económicas y políticas. Es lo que se ha dado en llamar «el giro afectivo» (Clough y Halley, 2007; Arfuch, 2016; Gioscia y Wences, 2017, entre otros). Como sintetizan Rúas y García Sanz (2018: 79), «una parte de nuestro cerebro funciona de forma emocional y este cerebro emocional tiene una antigüedad de alrededor de 200 millones de años» (pues su base reptiliana sigue vigente). Y en lo que se refiere a la incidencia de la dimensión emocional en la vida pública, pasada o contemporánea, estos mismos autores (Ibid:149), en sintonía con Innerarity (2015) afirman que «el espacio público no es una conversación de salón entre intelectuales», añadiendo que cualquier cultura política ha de tener en cuenta y gestionar fuerzas emotivas como el altruismo, la solidaridad o la compasión (por referirnos de manera prioritaria a las más constructivas para el idealismo democrático).

La relevancia de las emociones y su prolongación difusa en los sentimientos¹ no constituye, por tanto, ninguna novedad en el panorama de la comunicación polí-

1 La teoría psicológica suele diferenciar entre: EMOCIÓN: Estado afectivo intenso y breve con activación fisiológica. SENTIMIENTO (o AFECTACIÓN ANÍMICA o ESTADO DE ANIMO): Estado afectivo estable y duradero de poca intensidad sin activación fisiológica, culturalmente socializado o influido. PASIÓN: Estado afectivo intelectualizado, con la intensidad de la emoción y la duración del sentimiento (Cfr. por ejemplo, Lazarus, 1991; Stets, 2003; Villegas, 2020; Buitrago, 2021).

tica. Aunque sí comienza a ser puesta de manifiesto de manera más explícita en recientes estudios del comportamiento electoral, que incluyen la identificación y medida de un amplio catálogo de emociones en la respuesta política de los ciudadanos, como para el caso de las elecciones generales de 2016 en España han investigado Jaraiz, Lagares y Pereira (2020). Pero sí puede plantearse, coincidiendo de nuevo con Rúas y García Sanz (2018: 92), que [la diagnosis] «de las emociones también necesita ser historizada y contextualizada con perspectiva, teniendo en cuenta la influencia de las distintas épocas y culturas».

2. Objetivos y metodología analítica

Mediante la aplicación del método del razonamiento deductivo (Verd y Lozares, 2016: 44 y ss.), el presente artículo se propone establecer una fundamentación teórica que entrelace la diversidad interdisciplinar de diagnósticos para explicar el creciente protagonismo de las emociones y sentimientos en el discurso y comportamiento político contemporáneos. Dicha construcción de una perspectiva teórica a partir de una literatura académica relativamente dispersa (Hernández Sampieri et al., ed. 2006: 84 y ss.), será contrastada con un nutrido corpus de casos específicos ilustrativos, al efecto de concluir en hipótesis exploratorias que sirvan de partida para ulteriores investigaciones sobre las consecuencias para la democracia de una comunicación política intensamente inclinada hacia la sentimentalización. La incorporación de casos descritos que sirvan como indicadores empíricos de la perspectiva teórica construida responde parcialmente también al método abductivo, en la medida en que algunos de los hallazgos empíricos permiten adaptar y modificar parcialmente el marco teórico generado (Verd y Lozares, 2016:49), operando así en la línea de la llamada «teoría fundamentada» (Ibid.: 58 y ss.).

3. La atmósfera pública afectiva cosustancial a la democracia y la comunicación política contemporáneas

No es que emociones y sentimientos hayan aflorado en nuestro tiempo político como nunca antes en la historia de Occidente (o al menos desde que los revolucionarios dijeran haber entronizado a la Diosa Razón y acabado con los emotivismos mágicos y religiosos del Antiguo Régimen). Sino que se implantan ahora de una manera distinta, con un afán incluso de superioridad moral y hasta epistémica y un nuevo «habitus» de sensibilidad política. El concepto de «habitus emocional» coincide con lo que ya Raymond Williams –recordado por Eva Illouz (ed. 2023:18)–, llamaba «estructuras del sentimiento», que tendrían una conformación específica o dominante en cada época y comunidad. Cada una de ellas «es una forma compartida de pensar y de sentir que influye y se deja influir por la cultura y forma de vida de un grupo concreto» (Tony Bennet, citado por Illouz, ed. 2023:18) y que también podríamos describir como «atmósferas públicas a las que

respondemos por debajo y más allá de nuestra conciencia de nosotros mismos» (Illouz, ed. 2023:19).

En el actual momento cultural de las sociedades democráticas y de libre mercado esa atmósfera puede identificarse, como se irá mostrando, con lo que Arias Maldonado (2016) ha dado en llamar «la Democracia Sentimental»; un sistema de articulación en el que no encaja la división tradicional entre racional e irracional, sino en el que las emociones «tienen una pegajosidad especial» que al guiar nuestras orientaciones políticas «desembocan a menudo en el populismo contemporáneo» (Ibid: 20-21). Cristaliza incluso en lo que, de forma aún más radical Lukianof y Haidt (2019; citados por Pluckrose y Lindsay, ed. 2023: 280) describen como «la creencia en el razonamiento emocional», la propuesta de que la persona ha de confiar siempre en sus sentimientos.

La mera práctica del método político democrático estimula la apelatividad emocional. Como recuerda Vicente Serrano (2011:147),

el sistema representativo depende de la necesidad de obtener votos de modo masivo. Por ello, la persuasión y la seducción de los electores se convierte en imprescindible, y el interior de los procesos mentales cobra una considerable importancia.

En consecuencia, sería ingenuo pensar que el discurso de líderes sociales y sectores activos de la ciudadanía se hubiera restringido, -ni en tiempos pretéritos ni ahora-, a una expresión de datos y propuestas programáticas.

Murray Edelman ya advertía en 1988 (ed. 1991) que la gente considera los asuntos públicos demasiado alejados de su vida cotidiana, por lo que la ciudadanía se evaporaría si se la importunara con una discusión rigurosa y cargada de matices. A los ciudadanos, por tanto -continúa explicando este representante del análisis dramaturgico de la política-, hay que captarlos psicológicamente mediante apelaciones mucho más elementales y directas. Y frente al idealismo democrático, la política, también en las democracias -añade este autor-, se reviste de un espectáculo, ambiguo y en parte fantasioso, que los individuos y grupos con mayores recursos simbólicos construyen para suscitar el drama que emotivamente mejor satisfaga los miedos y esperanzas de la sociedad.

El ideal del espacio público racionalmente construido ni siquiera se encontraría exclusivamente viciado por las falacias retóricas que los demagogos pudieran esgrimir al tratar de hacer más convincentes sus alternativas. Sino que las estimulaciones directas del miedo, el odio o la rabia, el orgullo, el entusiasmo y cualquier otra de las emociones básicas y secundarias (Ekman, 1992; Plutchik, 1991), han formado parte siempre de los recursos puestos en juego por quienes compiten por conquistar o mantener el poder en una democracia.

A esa constante inclinación emotivista hay que añadir, como señala Vicente Serrano (2011), que Dios y la Naturaleza constreñían antes el ejercicio de la política;

posteriormente la secularización frente al dogma religioso y el progreso frente a los imponderables físicos respondían al menos ante la Razón, instaurada por la Ilustración, que imponía condicionantes difícilmente franqueables a los impulsos emocionales. Ahora, en cambio, el Deseo se convierte en el principio irrefrenable y omnipotente que domina la voluntad política y, por ello, cualquier promesa de satisfacción rápida y completa, por fantasiosa que sea, resulta viable para movilizar/afectar el apoyo entusiasta.

Tenemos así una época en la que las emociones no sólo intervienen en nuestras convicciones y dan forma a nuestras decisiones políticas, sino que le concedemos mucho más espacio al deseo que a la lógica realista en nuestras proyecciones políticas. Y, como quedará ilustrado más adelante, un cúmulo de orientaciones sentimentales inmediatas se imponen al pragmatismo y a las satisfacciones diferidas y dan un giro sustancial a nuestra cultura política.

4. El pensamiento postmoderno como acelerador de la sentimentalización política

Toda una corriente de pensamiento, inicialmente de élites intelectuales, pero progresivamente capilarizado por todo el cuerpo social, ha acabado por colonizar los modos de discurrir y la sensibilidad de las élites, los intermediarios comunicacionales y la población general. Se trata del marco mental y afectivo de la postmodernidad, que de corriente filosófica inicial podría decirse que ha devenido en una forma de ideología y «sentido común» transversales.²

La postmodernidad, en esa versión simplificada que hegemónica e inconscientemente articula las percepciones socioculturales y políticas del presente, se inicia con el rechazo de cualquier jerarquía objetivada de valores, el desprestigio de los grandes «metarrelatos» (Lyotard, 1979), la desaparición de cualquier tipo de «referencias intersubjetivas sólidas» o de grandes certezas ideológicas (Lipovetsky, 1987) y su sustitución por el «pensamiento débil» (Vattimo y Rovatti, 1983) y la «civilización de la ligereza» (Lipovetsky, ed. 2016). La primera ola del pensamiento postmoderno, sintetizado en esas ideas-fuerza, ha dado paso incluso a nuevos giros aún más corrosivos para el principio de la racionalidad, etiquetados por Pluckrose y Lindsay (ed. 2023) como postmodernismo aplicado y postmodernismo reificado, los cuales accionan contra-racionalmente en la actualidad bajo las etiquetas del Movimiento Woke y la Teoría de la Justicia Social (Teoría Queer, Teoría Crítica de la Raza, Feminismo Interseccional, Teorías del Orgullo de la Discapacidad y la Gordura, etc.).

2 De hecho, como plantea Fiuri (2024), de la mano de Perniola (2006), cabría decir que mientras la ideología es una articulación de pensamientos, la articulación de sentimientos, tan prioritaria en la cultura postmoderna, se calificaría de sensología.

Estas nuevas modulaciones postmodernas extreman el relativismo cultural del postmodernismo inicial y su escepticismo respecto a la posibilidad de alcanzar conocimientos objetivos, aplicando ahora el repudio de cualquier tipo de intersubjetividad racionalista, evidencia científica o procedimentalidad probatoria, sustituidas éstas por el «punto de vista» de cada agrupación identitaria, que ostentará mayor autoridad moral cuanto más marginalizado y victimizado se encuentre el colectivo que se manifiesta (Pluckrose y Lindsay, ed. 2023). Dichos movimientos extremistas de la «cancelación» de la racionalidad universal, surgidos en círculos elitistas de las universidades anglosajonas, van colonizando progresivamente las redes sociales y presionan cada vez con más ahínco el comportamiento de las grandes empresas, las instituciones y las industrias culturales (Ibid., ed. 2023). Y si bien puede afirmarse que aún ostentan una posición minoritaria en el entramado de las opiniones públicas occidentales, contribuyen a reforzar el marco mental que la primera postmodernidad había logrado capilarizar hasta en los estratos más populares: Ese según el cual, el relativismo y escepticismo ante cualquier tipo de «verdad» o «lógica» abocan al individuo a usar sus sentimientos (efímeros, fluctuantes) cómo único criterio.³ La emoción y la sentimentalidad personal se instalan así como justificación primordial de la conducta individual y colectiva, dando lugar a un Nuevo Régimen calificable de «sensocracia» (Perniola, 1991; Fabbri, 2007).⁴ Incluso en las cosmovisiones más radicales de la nueva postmodernidad reificada se llega a considerar, como explican Pluckrose y Lindsay, que «la emoción es una forma injustamente olvidada de alcanzar el conocimiento objetivo», y se llega a propugnar «dar primacía a los sentimientos como una forma de conocer» (ed. 2023: 238); «les resulta ofensiva cualquier cosa que prime la razón y la evidencia» y elevan al mismo nivel o incluso superior «las experiencias vividas, las emociones y las tradiciones culturales de los grupos minoritarios» (Ibid.: 230).

3 Según explica Gualandi (2011:195-201), el relativismo de la filosofía clásica y moderna era compatible con el logro de una verdad consensuada. Por contra, la época postmoderna implanta un «relativismo ambiental» en el que «el valor de toda enunciación se mide en función de los efectos emotivos y comportamentales que produce». Como a su vez señalan Pluckrose y Lindsay (ed. 2023:41), el escepticismo radical postmoderno es muy diferente del escepticismo científico que caracterizó la Ilustración, bajo su cautela de una provisionalidad permanente del conocimiento. Para la postmodernidad, en cambio, toda supuesta evidencia no es más que el resultado de los prejuicios instalados en el círculo de poder que la elabora.

4 «La posmodernidad –escribe Vázquez Rocca (2011:4-8)–, revela que la razón ha sido sólo una narrativa entre otras en la historia [...] El hombre postmoderno [va] pasando de unas posiciones a otras sin ningún sentimiento de contradicción interna [...] en beneficio del culto al deseo y de su realización inmediata».

Sobre una «razón sensible», Philippe Joron (2014:144) comenta: «En las democracias modernas, lo que entendemos por Estado de derecho está notablemente contaminado por un estado de emotividad que ahora irriga el cuerpo social en su conjunto».

Zygmunt Bauman (1996) habla de «la política tribal», construida mediante «ataduras afectivas» sustentadas por comportamientos emotivos y rituales espectaculares; de «la política de deseos» para satisfacer la diversidad de «las ilusiones de una vida buena» (Ibid. 96); y «la política del temor», que en el sujeto postmoderno prioriza los miedos a daños físicos como envenenamientos, infecciones, desechos tóxicos, etc.).

En dicho régimen se imponen además dos fenómenos que trastocan de manera radical la forma en que las emociones y los sentimientos habían intervenido hasta hace poco en la conformación de los debates y las conductas políticas. Por una parte ha surgido la noción de «postverdad» o de «verdades alternativas», que no es simplemente un reconocimiento de que las falsedades pueden estar presentes en el discurso político y a menudo ser recomendadas por su enorme eficiencia persuasiva, pues la mentira en política y el cinismo gozan de larga tradición entre los asesores áulicos, al menos desde El Príncipe de Maquiavelo. Sino que se trata de un borrado de las fronteras no sólo morales sino también cognitivas entre verdad y falsedad.⁵ La «verdad alternativa» se reivindica no ya como el recurso a mentir si a uno le resulta útil o defensivo, sino que el sujeto puede, sin reparo intelectual, considerar como cierta cualquier cosa que sienta, crea o le convenga. El dato como tal desaparece, pues se desprecia cualquier autoridad racional de arbitraje intersubjetivo. Y son exclusivamente los sentimientos personales los que dictan qué es verdad para uno en cada momento. Como expresaba un artículo de *The Economist* (2014), «sí yo te odio, tus datos son falsos». Se instaura así una «democracia postfactual» en la que los hechos cuentan menos que las sensaciones que producen (Arias Maldonado, 2016:174).⁶

Pero hay un segundo reactivo que transforma de manera mucho más letal el viejo ideal, siquiera aspiracional, de un espacio público articulado por la acción comunicativa de argumentación racional susceptible de crítica (Habermas, ed. 1987). Dicha innovación, también fruto de la postmodernidad, es el cambio de naturaleza en los detonantes y desarrollos de la sensibilidad del actual «capitalismo emocional» (Debord, 1967; Byung-Chul Han, 2014).

5. Del sentimentalismo banal a la polarización afectiva

El problema ya no es que las emociones y los sentimientos «afecten» la política (Lordon, 2016), sino que esos motores afectivos han entrado también en una espiral de banalización a la que, en cambio, el sujeto postmoderno confiere cada vez mayor espacio en su conciencia (sin que él tampoco les conceda excesiva relevancia), gracias a unos instrumentos de «difusión máxima» con una «intensidad mínima» (Baudrillard, v.o. 1979). Surge así el «sentimentalismo», que Victoria Camps (2011:19) interpreta como la perversión del sentimiento, al quedar éste huérfano de la guía de la razón. Pero que más precisamente se puede describir

5 Como expresa Pedro Abellán (2017:10-11), «La mentira se aprovecha de un entorno en el que la verdad cuenta y trata de hacer pasar como tal lo que no lo es [...] La posverdad, sin embargo, no se manifiesta en que los políticos mientan [...] La posverdad consiste en que no importe si mienten o no».

6 Como explica Álvarez Rufs (2019): «La posverdad es un estado mental de la persona que depende del contexto [...] configurando ficciones basadas en las propias creencias y emociones [...] y no tiene en cuenta los argumentos basados en hechos objetivos». Y añade Miquel Pellicer (2017: 161): «Si nada es verdad, nadie puede criticar al poder, porque no hay ninguna base sobre la que hacerlo. Si nada es verdad, todo es espectáculo».

como la sustitución de unas emociones, sentimientos y, por supuesto, pasiones, «densos» por sus correspondientes correlatos «ligeros». Los apasionamientos políticos enardecidos, tan habituales en la vieja política, se sustituyen por una apelatividad afectiva sensiblera. Se trata de una reactividad ante sensaciones levemente comprometedoras para el sujeto que las experimenta, que permite decir que se sustituye el dramatismo en política por una especie de adolescente melodramaticidad. Como expresa Beatriz Gallardo (2018:78), los elementos para «poner en marcha la emoción [...] ya no son constructos ideológicos holísticos y bien definidos, sino cuestiones puntuales y muchas veces contradictorias».

Ya lo advirtió el citado Baudrillard (v.o. 1979) cuando se lamentaba del sucedáneo de «entidades sentimentales vacías», limitadas al intercambio de una serie de simulacros. Nos queda –añadía este autor–, una «seducción fría», «blanda» o mera «fascinación», una «semiurgia suave y zalamera», rebajada a simple «simulación» (ed. 2008: 165 y ss.). La idea de la hipersentimentalización banal en la cultura y la política contemporáneas ha sido analizada con mayor detalle por autores como Mestrovic (1997) y Dalrymple (v.o. 2010). El primero de ellos tipifica nuestra época como una fábrica de pseudo emociones manufacturadas y dispuestas para el consumo masivo, en la que los sentimientos genuinamente personales son contaminados y sustituidos por unos «sentimientos disneyescos», que la cultura de masas difunde como reconocibles –e imitables– por cualquiera. Vivimos así, según este autor, en un entorno de sentimientos convencionales que repetimos tras haberlos asumido como pertinentes para cada situación, sin que en realidad los sintamos de manera auténtica. No es que las emociones desaparezcan –concluye–, sino que se trivializan y (paradójicamente) se diluyen en una esterilidad emocional. Por su parte Dalrymple profundiza en la idea de un «sentimentalismo» como «exceso de emociones falsas, sensibleras y sobrevaloradas» que además ejerce una presión inflacionaria de exhibicionismo público de las mismas. «Ya no basta con derramar una furtiva lágrima en privado por la muerte de [...] ahora es necesario hacerlo a la vista del público» (ed. 2016: 67-68).

Dicho sentimentalismo se impone así como un recurso de persuasión política de máxima magnitud, que obliga a los gobiernos e instituciones a plantear los asuntos públicos bajo este enfoque, evitando todo aquello que pudiera molestar o contradecir la orientación afectiva dominante. El problema ya no se limita a que «el culto a los sentimientos destruye la capacidad de pensar, o incluso la conciencia de que hay que pensar» (Ibid.: 179). Sino que «cuando el sentimentalismo se convierte en un fenómeno de masas, se vuelve agresivamente manipulador: exige que todo el mundo lo experimente» (Ibid.: 74). Se instala así, según este autor, una percepción distorsionada de las prioridades sociales y económicas, de las raíces estructurales de los problemas, de la evolución a largo plazo de las políticas. Y como aporta Drew Westen (2007: 125) «la gente vota por el candidato que estimula los sentimientos correctos, no por el que presenta los mejores argumentos».

Pero que esa deriva sentimentaloides se alimente en gran medida de sensaciones banales, ñoñas y estereotipadas, no le priva sin embargo, por paradójico que parezca, de rotundidad expresiva o de radicalidad comportamental cuando converge y cristaliza en manifestaciones públicas. En el ámbito de la política asistimos entonces a lo que diversos autores (Torcal, 2023; Villaplana, 2022; Hopkins y Side, 2015; Fiorina y Abrams, 2008; Sartori, 1966 y 2005) tipifican como el auge de la polarización, que no necesariamente consiste en una estricta polarización ideológica -entendida como aumento de las diferencias entre medidas o modelos sociales propugnados por las fuerzas políticas radicales antagónicas-, sino en una polarización afectiva (Iyengar et al., 2019; Wagner, 2021), -entendida más bien como la intransigencia hacia las identidades partidarias diferentes a aquella con la que cada cual simpatiza-. El citado Villaplana (2022) hace hincapié en esa distinción entre polarización ideológica y afectiva; y basándose en estudios empíricos diversos afirma que la aparición de nuevos partidos radicalizados antagónicos (Podemos y Vox) «apenas ha tenido impacto en el extremismo ideológico de los españoles», pero por otra parte añade que se produce «una tendencia al alza de la polarización afectiva del país», ya que «se han avivado los sentimientos de animadversión hacia los partidos de signo ideológico distinto del propio» (Ibid.: 151).⁷ Otros autores llegan a situar «los niveles de polarización afectiva en España entre los más elevados del planeta», acuñando alguno la etiqueta de «la España del berrinche», aunque «aún lejos de la [polarización] experimentada recientemente en Estados Unidos y en Turquía» (Gidron et al. 2020; Molina, 2021; Torcal, 2021; citados todos ellos en Villaplana, 2022: 150, 151 y 162).

6. Un muestrario de evidencias en la comunicación política contemporánea

El diagnóstico de la sentimentalización política expuesto hasta aquí puede ser ilustrado con un cúmulo de situaciones de los últimos años, tanto españolas como de otros países de nuestro entorno cultural, que refleja con qué intensidad y variedad de circunstancias dicha sentimentalidad postmoderna invade y condiciona las prácticas comunicativas en el ámbito político. Lo que sigue es un pequeño al tiempo que diverso muestrario de esta peculiar transformación de la percepción pública presente.

Decía Roland Barthes, en su célebre libro *Mitologías* (v.o. 1957), que el discurso mitificante resulta indispensable para tener éxito en la persuasión de las masas. Y que, en los años cincuenta del pasado siglo, el gran déficit de las mitologizaciones de izquierdas era que resultaban «pobres» y carentes de fascinación fabuladora, en comparación con las burguesas, que se construían a partir de elementos de la vida cotidiana. Esa vida cotidiana está articulada hoy en torno a la sensibilidad

⁷ Villaplana añade incluso que «la incapacidad para el entendimiento ha alcanzado el interior mismo de los nuevos partidos, los cuales están sufriendo confrontaciones internas, abandonos y escisiones» (2002:162).

cultural postmoderna y por ello quienes se mimeticen con ella gozarán de una gran ventaja a la hora de captar la atención y la identificación de amplias capas de población. En el nuevo entorno triunfa, como señala Beatriz Gallardo (2018), el empleo de las formas lingüísticas de la empatía sentimental, especialmente aplicadas por la retórica publicitaria. Ella pone de ejemplo la apelación contemporánea a «campos semánticos asociados a la esfera de la comunidad, el intercambio [lo «colaborativo»] [...] uso del nosotros inclusivo», etc., y aporta la ilustración de un texto publicitario de Cabify de mayo de 2018: «Vosotros, urbanitas, habitantes fantásticos de las ciudades. Ya tenéis claro hacia dónde queréis ir. Es el momento de elegir cómo llegamos. La ciudad es tuya» (Ibid., p. 149). Pues bien: nada más similar a ese texto que el mensaje de un vídeo electoral de Podemos, de mayo de 2019: «Pudimos, a un ritmo más lento del que nos hubiera gustado. Pero estamos pudiendo. Pese a lo que te dicen, sí se puede. La suerte no está echada. La Historia la escribes tú».

Podemos, de hecho, y especialmente su líder Pablo Iglesias, como se volverá a poner de manifiesto más adelante, es quizá uno de los actores políticos que mejor ha comprendido y aplicado la estrategia de mimetizarse con el paisaje sentimental dominante para ganar el respaldo de amplios conglomerados, sobre todo entre los jóvenes, que son quienes viven actualmente más «contaminados» de la sensibilidad postmoderna. Seguidor entusiasta de Gramsci como él mismo reconoce (2014), es consciente de que la hegemonía es ante todo el poder cultural y que para alcanzarlo ha resultado decisivo «el nuevo estilo de comunicación política» y la «habilidad comunicativa» (Ibid., pp. 20 y 32) que él mismo afirma haber introducido, junto con su grupo, en el discurso político. Las viejas argumentaciones ideológicas de la izquierda tradicional, incluida la revolucionaria, resultarían aburridas y hasta incomprensibles para un público cada vez más alejado de cualquier forma de intelectualismo o racionalidad argumental. Por ello, la forma de despertar su adhesión a determinadas propuestas no consistiría en una identificación cognitiva sino en la fragua de una identidad sentimental. Y de ahí, buena parte del despliegue realizado de gestos, simbologías y lenguaje dramático y espectacularizado que Podemos ha introducido en la política española (Dader, 2015).

Junto con las formaciones políticas son los medios masivos de comunicación quienes insertan esa perspectiva sentimentalizante en buena parte de sus informaciones, reflejando y fomentando la sustitución de la descripción de los hechos esenciales por las evocaciones emocionalizantes más atractivas para la nueva sensibilidad dominante. Así, por ejemplo, para dar la noticia de unos pequeños terremotos sufridos en la zona de Castellón en octubre de 2013, uno de los diarios españoles de mayor audiencia arrancaba nada menos que con el siguiente titular: «Mi mujer se puso a llorar con el temblor y no podía dejar de abrazarme»,⁸

8 ElMundo.es, 4 octubre, 2013, <https://www.elmundo.es/elmundo/2013/10/04/ciencia/1380844597.html>

quedando en muy secundario lugar la descripción de los hechos (sin víctimas personales y sólo desperfectos materiales menores), y centrando en cambio la atención en la reacción emocional de algunas personas que habían salido a la calle asustadas. Las lágrimas, de hecho, se han convertido en uno de los focos de atención mediática más sobresalientes, hasta extremos inverosímiles, como reflejaba el mismo diario en otra información publicada con el siguiente titular en 2015: «Los 10 mejores sitios donde llorar»,⁹ para ofrecer simplemente una lista de posibles lugares donde viajar o escapar de lo cotidiano. Que la apelación a esa nueva sentimentalización banal no era casual lo demuestra el primer párrafo del artículo: «Llorar no es de cobardes. Es de gente sensible, con sangre en las venas. Pero a veces, el mundo moderno y despiadado en el que vivimos no nos deja llorar a gusto [...] Es hora de acabar con la dictadura de la felicidad [...]». Y a partir de ahí continuaba la presentación de diferentes lugares turístico-lacrimógenos, como «El paseo de los tristes» en Granada, «Fonseca, triste y sola» en Santiago o en Salamanca, un «campo de cebollas» o una «sala de neonatos en un hospital».

El impacto psicológico de las lágrimas parece haber llegado incluso al mundo de la ciencia y, así, «científicos piden poder llorar por la destrucción del planeta», según recogía en 2019, entre otros, el titular de una información del diario ABC,¹⁰ al hacerse eco de una carta publicada en la revista Science por tres investigadores de la Universidad de Exeter. Dichos académicos defendían que «los científicos que contemplan la destrucción del mundo natural tengan derecho a «llorar» y a expresar su dolor». Pedían, en consecuencia, a las instituciones académicas «generar un espacio para apoyar a los expertos en medio ambiente, permitiéndoles canalizar su dolor en el ámbito profesional».

No puede extrañar por ello que la exhibición de lágrimas y emociones asociadas de tristeza o pena esté también presente en el nuevo comportamiento de los líderes políticos, como recurso de «humanización» y aproximación popular. Así lo denunciaba ya un libro titulado «Lágrimas socialdemócratas. El desparrame sentimental del zapaterismo» que el periodista Santiago González publicó en 2011, en el que describía diversas situaciones en las que, según el autor, el entonces presidente del gobierno español, Rodríguez Zapatero, «transforma muy a menudo sus sentimientos en espectáculo» (González, 2011:75). Una prueba directa de ello se había mostrado en una entrevista en 2010 del diario El País al citado presidente con las reflexiones de éste sobre la crisis económica que España afrontaba en aquel momento. El periódico sintetizaba lo esencial de la larga conversación sostenida –desplegada en varias páginas interiores–, con el siguiente titular en primera página y a toda columna: «He pasado muy malos ratos y noches sin dor-

9 ElMundo.es, 14-abril, 2015, <https://www.elmundo.es/enredados/2015/04/14/552654ffca474115258b4577.html>

10 Diario ABC, 11-Oct., 2019 https://www.abc.es/ciencia/abci-carta-science-cientificos-piden-poder-llorar-destruccion-planeta-201910110943_noticia.html

mir con la crisis».¹¹ Es decir, de todo lo respondido por el presidente ante la difícil situación, lo importante para el medio –quizá también para el dirigente–, no era un diagnóstico o un paquete de soluciones (de las que apenas había alusiones en el texto publicado). El medio no centraba su atención en si el interlocutor era o no un gestor inteligente y eficaz para sacar al país de la crisis, sino en la empatía de quien se presenta como un ser humano más, que sufre con y por el pueblo.

A dicho caso le resulta de muy pertinente aplicación lo afirmado por el citado Santiago González en su libro (2011: 74): «Los gobernantes deben ahorrar a sus gobernados la exhibición de sus estados de ánimo y atenerse a sus responsabilidades». Así se consideraba, en efecto, en tiempos no muy lejanos de concepción del liderazgo vinculado a cualidades de gran autocontrol y frialdad resolutiva. En tiempos de la Guerra Fría, por ejemplo, los ciudadanos esperaban de sus dirigentes que fueran capaces de reprimir los impulsos propios del ser humano normal y corriente, para afrontar con la suficiente frialdad y racionalidad las situaciones de crisis. La gente no podía confiar la dirección del país a cualquier histérico con riesgo de apretar el botón nuclear o atacar al país vecino en un momento de calentura. Ahora, en cambio, parece más importante que el dirigente se parezca lo más posible al común de los mortales, que ría y lllore o «exprese lo que siente» sin falseamientos diplomáticos, como cualquiera de nosotros. Que se muestre «humano» y tan apesadumbrado como el ciudadano común ante los desastres, abrazando a las víctimas, etc. Aunque luego él o ella y su Administración realicen una gestión incompetente ante el problema.

Por la misma época de los casos descritos resultó similar la experiencia vivida por la candidata a la presidencia estadounidense Hillary Clinton. Su imagen dominante cuando compitió con Barack Obama en las primarias de 2008 era la de una persona con larga experiencia política, pero fría y distante y por tanto poco ilusionante para los afectos de las clases populares, a diferencia del simpático y muy entrañable Obama. Las encuestas comenzaron pronto a reflejar esa diferencia, asociada a dichas cualidades, a la vez que muchos medios la calificaban de «dama de hielo», hasta que en un acto público la candidata Hillary enjugó un conato de lágrimas. Y de inmediato los medios comenzaron a analizar el episodio y a hablar de que también ella tenía sentimientos, lo que le supuso recuperar, aunque por breve tiempo, la victoria en algunas votaciones y el favor de las encuestas.¹²

La escenificación pública de emociones de alegría y sobre todo de dolor, angustia o rabia se ha ido convirtiendo en las últimas décadas en un detonante habitual de la atención mediática y el respaldo popular. Tal vez el grupo político que la ha utilizado con mayor consciencia y asiduidad en la vida española ha sido Podemos

¹¹ El País, 25 de julio, 2010, https://elpais.com/diario/2010/07/25/portada/1280008807_850215.html

¹² Goldenberg, Suzanne / Adams, Richard (2008): «The tears over coffee that turned round poll», The Guardian, 10 de enero, <https://www.theguardian.com/world/2008/jan/10/hillaryclinton.uselections20082>

y su líder Pablo Iglesias. Nadie antes que él, al menos en España, había llegado a expresar públicamente, a través de un «tuit», que «nada hay más ideológico que politizar el dolor. Y eso es hablar de desahucios, de camas de hospital que faltan... Eso es hablar de política». Idea reiterada el mismo día desde una cuenta de su partido: «Debemos politizar el dolor, que el dolor se convierta en propuestas para cambiar la realidad».¹³ A primera vista podría argumentarse que por supuesto es legítimo y acorde con la racionalidad democrática que el debate público afronte los asuntos que producen daño y dolor a las personas, ya que la acción política debe ocuparse de los problemas que angustian a la gente. Pero la actitud política reflejada en esa propuesta no apunta tanto al análisis de estadísticas o la confrontación y gestión de planes de soluciones, como a una constante escenificación de emociones, acompañamiento público de víctimas o gestualización del repudio y la protesta. Con independencia de que toda esa identificación sentimental se traduzca después o no en medidas concretas y eficaces.

Por otra parte, esas declaraciones de la cúpula de Podemos –no criticadas por medios u otros partidos–, no estaban tan alejadas en el tiempo de aquellas en las que Mariano Rajoy, líder del Partido Popular, fue muy denostado en 2005 por apelar a los asesinados por el terrorismo de ETA para criticar al entonces presidente del gobierno Rodríguez Zapatero. Se replicó de inmediato de manera generalizada que el sufrimiento de las víctimas no debería ser instrumentalizado políticamente y diversos medios de comunicación y dirigentes de otros partidos han vuelto a expresar similares reproches cada vez que el Partido Popular ha aludido a los padecimientos de las víctimas de ETA como elemento de repudio de las políticas del PSOE.¹⁴ Dicho de otra forma, formaba parte del consenso democrático –aunque la memoria selectiva lo recuerda sólo según qué casos–, que los problemas deberían ser tratados en el debate político sin incurrir en el morbo de remover las emociones de los afectados.

Pablo Iglesias, de hecho, ha superado en diversas ocasiones la mera discusión sobre los sufrimientos de la sociedad, para representar de manera muy explícita la emoción personal que ellos le causan. Así por ejemplo tuvo gran cobertura mediática su desconsolado llanto, puño en alto, en el Congreso, durante la sesión en la que este dirigente solicitaba la retirada de la medalla al mérito policial concedida

13 @PabloIglesias y @ahorapodemos. Twitter {R}, #Desafios.Podemos, 21 Septiembre, 2016 y 7 octubre, 2016, respectivamente, <https://twitter.com/pabloiglesias/status/778632443834212354?lang=ca> y <https://twitter.com/PODEMOS/status/784452204971319297>

14 Cfr. por ejemplo, Marcos, Pilar: «Rajoy: Usted traiciona a los muertos y ha revigorizado a una ETA moribunda», *El País*, 12 mayo, 2005. https://elpais.com/diario/2005/05/12/espana/1115848804_850215.html?event_log=go; La Sexta Clave: «¿Quién usa realmente a los muertos de ETA? El PP vuelve a acusar a Zapatero de traicionar a las víctimas 18 años después», 17 mayo, 2023, https://www.lasexta.com/programas/lasexta-clave/quien-usa-realmente-muertos-eta-vuelve-acusar-zapatero-traicionar-victimas-18-anos-despues_20230517646529af6cbd630001a7f230.html

en su día al policía de la etapa franquista «Billy el Niño».¹⁵ O la gran profusión de lágrimas que exhibió también en el Congreso en la sesión de investidura de Pedro Sánchez en coalición con Podemos, mientras se abrazaba con su compañero de formación Pablo Echenique.¹⁶ El vertido de lágrimas ante los focos mediáticos no es ni mucho menos privativo de la política española y así, por ejemplo, un periódico argentino publicaba en 2019 un artículo titulado: «Una campaña en la que todos lloran: ¿Estrategia electoral o emoción real?», con imágenes demostrativas de los principales candidatos.¹⁷ En exhibición de otra emoción antagónica, pero con igual grado de extravagancia expresiva para los usos esperados en el ámbito institucional de una Cámara de Representantes, la líder de Sumar, Yolanda Díaz, agitaba frenética su melena al viento, en la sesión de agosto de 2023 de elección de la presidencia del Congreso, para mostrar su alegría por el resultado de la votación.¹⁸

Ante situaciones como las descritas resulta aplicable la afirmación de Beatriz Gallardo (2018:126-127) de que

la identificación ideológica es sustituida por la empatía [...] La política se instala así en el campo semántico del amor, los besos, las sonrisas o el arco iris. Un riesgo añadido es que este exhibicionismo de los afectos acabe siendo interpretado como impúdico [...] como impostura.

Pero probablemente nadie mejor que la ya citada líder de Sumar, Yolanda Díaz, para ejemplificar la versión naif y evanescente del sentimentalismo como patrón habitual y predominante del discurso político de algunos políticos contemporáneos. Ya desde los primeros momentos en que esta antigua abogada laboralista y vinculada al sindicalismo pasó a impulsar un nuevo proyecto de convergencia de diversas fuerzas de izquierda contracapitalista y antiliberal, esta dirigente comenzó a utilizar una puesta en escena y una dialéctica que apela constantemente a la afectividad empática y compasiva con la que a menudo se recubre el liviano sentimentalismo «disneyesco» denunciado páginas atrás.

Así, más que hablar de pleno empleo o justicia social –temáticas clásicas de su orientación ideológica-, las comparecencias públicas de Díaz, sobre todo en actos electorales, están plagadas de referencias a «las políticas de los cuidados», la necesidad de amor entre las personas o la ilusión por caminar unidos en busca

15 Cfr. por ejemplo, entre toda la prensa del día: El Confidencial, «Pablo Iglesias rompe a llorar en el Congreso al hablar de las víctimas de 'Billy el Niño'», 30 Junio, 2018, https://www.elconfidencial.com/espana/2018-05-30/pablo-iglesias-llora-billy-el-nino-torturas_1571159/

16 Cfr. por ejemplo, entre toda la prensa del día: La Vanguardia, «El llanto de Iglesias tras consumarse la investidura de Sánchez», 7 enero, 2020, <https://www.lavanguardia.com/politica/20200107/472773708153/pablo-iglesias-llora-investidura-pedro-sanchez.html>

17 Alan Soria, Diario La Nación, 8 de octubre, 2019, <https://www.lanacion.com.ar/politica/llanto-nid2295224/>

18 Foto de Javi Martínez, «Pedro Sánchez y Yolanda Díaz durante la constitución de la mesa del Congreso» ilustrando el artículo de Lucía Méndez «Estreno de júbilo y mohines», El Mundo.es, 18 de agosto <https://www.elmundo.es/espana/2023/08/17/64de7a27fdddf4e978b45c2.html>

de la felicidad. Nada mejor que su declaración el 13 de noviembre de 2021, en el acto de presentación de su plataforma en una reunión con mujeres autocalificadas de «las otras políticas». Acto que ella misma consideró como «comienzo de algo maravilloso» y cuyo objetivo político definió así: «Frente a los del ruido y los del odio, la herramienta magnífica es el amor, los afectos y la esperanza. Y esto es la democracia. Así que caminemos juntas».¹⁹

Ante semejante propuesta electoral, un comentarista –sin duda retromoderno–, llegó a escribir:

No se puede amar ni odiar así, a secas [...] Amor y odio pueden ser deseables o indeseables según a qué se refieran. Es mejor odiar el terrorismo que amarlo [...] En la línea de la peor psicología basura, se está suponiendo que uno tiene los sentimientos dentro, ya dotados de un sentido positivo o negativo, flotando sin objeto [...] Ni Disney en *Inside out* presentó una visión tan boba de las emociones como la que vemos en cierta izquierda, intentando convertir esa parodia afectada en el motor de la política pública estatal. No cabe ser más cursi, ignorante, infantil (Errasti, 2021).

Dicha crítica racionalista no parece afectar demasiado a la citada dirigente ante el importante respaldo que recibe en las urnas y en bastantes medios de comunicación, al sintonizar muy bien con un amplio segmento sociocultural antes que político, imbuido del neosentimentalismo hace tiempo detectado e identificado bajo la etiqueta de «buenismo». En efecto, de entre las diversas interpretaciones que ha generado ese término, cabe considerar muy ajustada a lo expuesto hasta aquí la siguiente:

El buenista cree a pie juntillas en una paz universal sin coste alguno [...] El buenismo en gran medida viene a ser un populismo santurrón, hábil en la crítica, sensiblero en sus enunciados [...] En Occidente, en especial en Europa, el buenismo ha arraigado en buena parte como consecuencia de una pésima digestión mental del altruismo, del democratismo superficial y de algunos valores cristianos mal entendidos (Quintana de Uña, 2018: 434 y ss.).

Dicha deriva del sentimentalismo parece haber afectado a bastantes sectores ideológicos de izquierda. No en balde, ya Georges Lakoff, en su conocido libro *No pienses en un elefante* (2004), atribuía como distintivo de los marcos mentales de los republicanos y los demócratas en Estados Unidos, la visión del gobierno como un «padre estricto» (que además es masculino) en el caso de los primeros, frente a un padre protector (que es neutral en cuanto al género), en el caso de los segundos.

Sin embargo, muchos asuntos que han despertado gran atención mediática y popular en los últimos años de la vida pública española reflejan que, si bien es habitual el uso de la clave buenista-sentimental por sectores de izquierda, tam-

19 @europapress En Directo/Díaz #otraspolíticas Video Tweet, 13 de noviembre, 2021 Cfr. por ejemplo en <https://twitter.com/iaiestaran/status/1459591748351627266> y también: Paula Choza y María Fabra (2021): «Yolanda Díaz: Esto es el comienzo de algo maravilloso». *El País.com*, <https://elpais.com/espana/2021-11-13/yolanda-diaz-esto-es-el-comienzo-de-algo-maravilloso.html>

bién es empleada en ocasiones por sectores de derecha. Por su parte, la opinión pública, de forma mucho más transversal, tiende a mostrarse sensible (y cercana) a las falacias discursivas que responden a ese enfoque.

7. Casos extremos españoles de sentimentalismo buenista

Muy ilustrativo a ese respecto resulta el caso del mantenimiento en prisión del ex ministro del Partido Popular, Eduardo Zaplana, investigado por blanqueo de capitales, cohecho, prevaricación y malversación de fondos públicos (entre otros delitos), al tiempo que padecía una grave modalidad de leucemia. La juez instructora del caso rechazó la concesión de la libertad provisional mientras se desarrollaban diligencias cruciales para el esclarecimiento de los hechos y toda una tormenta mediática y popular se desató contra la «inhumanidad» de la juez, que a pesar del estado supuestamente casi terminal del enfermo mantenía a éste encarcelado. Titulares y alegatos como los siguientes fueron de uso común aquellos días: «La juez del caso Zaplana se regodea: «También hay hospitales en paraísos fiscales»;²⁰ «La juez que tuvo cáncer y ve a Zaplana como un enfermo imaginario»;²¹ «El Hospital de la Fe advierte a la juez que Zaplana puede morir si vuelve a prisión».²²

Uno de los aspectos más interesantes de aquel debate político-mediático es que las tomas de postura al respecto no siguieron la polarización política tradicional, al aparecer declaraciones como la siguiente de Pablo Iglesias: «Es vergonzoso que Zaplana vuelva a la cárcel con leucemia». A lo que acto seguido añadía una declaración de buenismo sentimental transversal: «Pero esta empatía debemos tenerla también con los políticos catalanes presos».²³

Las explicaciones posteriores de la juez en un auto debieron parecer extraterrestres a cuantos tienden a guiarse por esta nueva concepción del «humanismo»:

Esta instructora no debe estar tan equivocada cuando no sólo el Ministerio Público sino la Audiencia Provincial de Valencia en cuatro ocasiones ha ratificado las medidas de prisión por entender que existe un evidente riesgo de fuga [...] No es cosa de esta instructora que Zaplana estuviera en la enfermería de la cárcel o en el Hospital La Fe, donde fue operado y donde se encuentra desde el pasado 18 de diciembre [...] El lugar donde tuviera que estar

20 Libertad Digital, 28 de diciembre, 2018, <https://www.libertaddigital.com/espana/2018-12-28/la-jueza-que-investiga-a-zaplana-dice-que-hay-riesgo-de-fuga-tambien-hay-hospitales-en-paraisos-fiscales-1276630525/>

21 Esteban Urreiztieta, El Mundo, 31 de diciembre, 2018, <https://www.elmundo.es/cronica/2018/12/31/5e275f8821ef-a0154c8b45a8.html>

22 Libertad Digital, 24 de diciembre, 2018, <https://www.libertaddigital.com/espana/2018-12-24/el-hospital-de-la-fe-advierte-a-la-juez-que-zaplana-puede-morir-si-vuelve-a-prision-1276630348/>

23 La Sexta.com, 20 de diciembre, 2018, https://www.lasexta.com/programas/al-rojo-vivo/entrevistas/pablo-iglesias-la-misma-empatia-que-tiene-el-pp-con-zaplana-se-debe-tener-con-los-politicos-catalanes-presos-ninguno-debe-estar-en-prision-video_201812205e1b887e0cf2b5d2087e67e8.html

el investigado es competencia exclusiva de los médicos [...] como supongo se decidirá sobre cualquier preso o penado.²⁴

Declaración que por cierto era publicada en los medios junto a la noticia de que la juez había puesto en libertad provisional con medidas cautelares al político enfermo tras haber concluido diligencias que lograron recuperar 6,3 millones de euros ocultos en Suiza, que se le atribuían (Ibidem).

Esta nueva modalidad de conflicto entre los procedimientos judiciales y las consideraciones «de humanidad» para los penados se ha vuelto a poner de relieve, con pleno éxito esta vez para los intereses del sentenciado, en la revocación del ingreso en prisión de José Antonio Griñán, por su condena firme en el caso de los 680 millones de euros malversados en los «ERE de Andalucía», al asumir la Audiencia Provincial de Sevilla la recomendación de la médico forense interviniente de que para el tratamiento contra el cáncer de próstata que padece el citado político no resultaría conveniente su ingreso en prisión. En consecuencia, dicha Audiencia decretó la suspensión durante 5 años de la ejecución de la pena de 6 años de cárcel que le había sido impuesta.²⁵ Como para entonces el citado político tendrá 82 años es muy probable que el creciente sentimentalismo penitenciario impida que dicho delincuente llegue a cumplir ni un día de la pena que el sistema judicial le impuso. Diversos medios y voces críticas han puesto de manifiesto que un considerable número de presos siguen dentro de las prisiones sus correspondientes tratamientos por padecimientos cancerígenos, incluido otro condenado en el mismo caso de los ERE. Aventuran por ello un elocuente trato de favor para el señor Griñán. Pero quién sabe si la tendencia descrita hacia el emotivismo como criterio determinante de la acción social llevará dentro de no mucho tiempo a la excarcelación automática de cualquier enfermo grave. Seguramente que Cesare Beccaria en su «De los delitos y las penas» jamás imaginó que la humanización de las cárceles podría llegar tan lejos.

Otro ámbito aledaño en el que se aprecia esta creciente confrontación entre datos objetivados y sentimientos humanitarios eficazmente escenificados es el de los litigios maritales por la custodia de los hijos con secuestro de los menores incluidos. Ningún caso lo ilustra mejor que el de Juana Rivas, la catalogada de «madre de Maracena»:²⁶

Lo más destacable de ese intrincado y largo proceso es cómo buena parte de los medios españoles y de los colectivos sociales más implicados presentaron el

24 El Español, 7 de febrero, 2019, https://www.elespanol.com/espana/politica/20190207/zaplana-libertad-provisional-considerar-jueza-no-riesgo/374463047_0.html

25 Cfr. por ejemplo, El País, <https://elpais.com/espana/2023-06-26/grinan-no-entrara-en-la-carcel-para-cumplir-su-condena-por-el-caso-de-los-ere.html>

26 Los hechos se desarrollaron entre 2017 y 2022. Para una síntesis muy completa y documentada del caso véase https://es.wikipedia.org/wiki/Caso_Juana_Rivas

conflicto como la lucha desigual entre una madre sufriente y un sistema judicial inhumano y despótico. En dicho clamor popular se pasaron por alto todos los hechos judicialmente probados que certificaban las constantes manipulaciones desarrolladas por Juana Rivas para falsear lo ocurrido. En su lugar tiene más éxito de nuevo la identificación sentimental con quien se muestra desgarrada en público y goza de los atributos simbólicamente más melodramáticos (madre heroica y protectora de sus hijos, mujer víctima), frente a un impersonal y silencioso padre lejano y en el extranjero. El sentimentalismo consigue también aquí atraer a quien está en las antípodas ideológicas de los principales enardecedores públicos del caso. Y así, el en 2017 presidente del gobierno, Mariano Rajoy, sin más fuente que el eco callejero, llega a declarar:

Hay que ponerse en el lugar de la madre. Hay que ser conscientes de lo que le ha ocurrido: ha tenido que irse de Italia, ha sido dos veces agredida, su marido ha sido condenado en los tribunales. A las personas conviene atenderlas y entenderlas, y luego está lo demás.²⁷

En cambio, cuando finalmente el gobierno aprobó el indulto parcial de la madre, a pesar de haber sido condenada por la retención ilegal de sus hijos, el abogado del padre criticó la erosión de los criterios procesales mediante la presión sentimental y declaró: «El gobierno ha despenalizado de facto la sustracción de menores».²⁸ Resulta oportuno, por ello, relacionar lo expuesto con lo escrito hace más de una década por Dader (2012: 46):

La mujer que mata a su cónyuge tras un largo proceso de conflictos domésticos se expone al encuadre de 'liberación legítima tras insoportable tortura' o de 'taimada viuda negra', en función de las coordenadas emotivas a las que más se aproximen los periodistas. En una opción u otra tiende a ser habitual el recurso, que también menciona Calcutt (2004: 178) de construir reportajes con una narrativa mimética de las letras del pop melodramático, al intentar insuflarlos de grandeza literaria, sin analizar en cambio las claves decisivas de la situación.

La expresión desenfadada de emociones y sentimientos como justificación principal de cualquier «razón política», no se limita a los descritos hasta aquí en el ámbito buenista. Sino que muy a menudo se explaya en el terreno alternativo de la ira, la rabia y la violenta indignación. Múltiples movimientos de protesta explotan al máximo el exhibicionismo de sus airadas reivindicaciones. Como si el mero hecho de mostrarse indignados y autocalificarse de víctimas les diera la razón automáticamente. Según escribe Arias Maldonado (2016:22), «la indignación, impermeable al señalamiento de las causas o la discusión de las soluciones, encuentra justificación en sí misma». Y como manifiesta el mismo autor en otro trabajo, «el resultado es un paisaje en llamas, una amalgama de pasiones e hi-

27 Cfr. por ejemplo, El Periódico, <https://www.elperiodico.com/es/sociedad/20170728/rajoy-hay-ponerse-lugar-juana-6195849>

28 Cfr. por ejemplo, Libertad Digital, <https://www.libertaddigital.com/espana/politica/2021-11-18/francesco-arcuri-recurre-ante-el-tribunal-supremo-el-indulto-del-gobierno-a-juana-rivas-6838452/>

pérboles que se parece bien poco a la esfera pública que soñaron los ilustrados» (Arias Maldonado, 2014).

Pero como se exponía al comienzo de este trabajo, lo novedoso de nuestro tiempo no es que las emociones, sentimientos y pasiones se mezclen como siempre con nuestros debates y comportamientos políticos. Lo extraordinario es que hayan alcanzado tal grado de legitimación popular e incluso institucional que arrumben despreciativamente el examen racional y la coherencia interna de la normativa aplicada en un estado de derecho. El viejo principio de «dura lex, sed lex», que marcó uno de los referentes esenciales de las sociedades en actitud de progreso, parece hoy sustituido por otro que podría enunciarse como «las emociones, primero».

Y la contaminación sentimental postmoderna del derecho llega al punto de interpretar por algunos en clave afectiva toda decisión jurídica. Así, el presidente de gobierno español, Pedro Sánchez, cuando trataba de justificar su controvertido indulto en 2021 de los independentistas catalanes condenados por la declaración unilateral de independencia, consideró más oportuno dejar de lado cualquier argumentación jurídico-política y plantear al electorado, a través de los medios, una confrontación entre emociones positivas y negativas: «Hay que mirar al futuro y no quedar atrapados en la revancha y la venganza».²⁹ Bajo esa consideración tal vez habría que suprimir cualquier tipo de condena judicial y liberar a todo delincuente lastimero con la simple promesa de ser bueno en el futuro.

8. El márketing político desenfrenado o la posibilidad de una democracia de sentimentalidad razonable

Sin llegar a ese extremo, todavía distópico, el márketing político toma buena nota a diario de las escenificaciones más convenientes para situar a sus clientes bajo el marco emotivo-sentimental característico del nuevo clima postmoderno. Como ha escrito Gutiérrez-Rubi (2019: 121), en el debate electoral contemporáneo «no es la economía, ¡son las emociones, estúpido!» ya que «los estados de ánimo son hoy los auténticos estados de opinión».

Persuadidos de que «el negocio ya no es la información, sino la atención» los equipos de cada grupo político «reducen a un estímulo visual la relevancia» de cualquier asunto público y provocan que «la democracia de los cuatro años sucumba a la demanda de los cuatro segundos» (Ibid.: 79-80). La afirmación de que hemos sido instalados en una «democracia sentimental» no es una mera etiqueta impactante, pues quienes diseñan el discurso político actual y quienes lo verba-

29 Cfr., por ejemplo, Víctor Ruiz Almirón (2021): «Sánchez prepara el relato para los indultos...», ABC, 26 de mayo, https://www.abc.es/espana/abci-gobierno-prepara-relato-para-indultos-vamos-hacer-consideremos-mejor-para-interes-espana-202105251524_noticia.html

lizan escrutan muy detenidamente las posibilidades del rendimiento electoral de cada una de las emociones básicas o sus derivadas. Así, el miedo, el asco, el resentimiento y el orgullo nacional, pueden ser la clave de la evolución del clima mayoritario de opinión-sentimentalidad de todo un país, como para el caso de Israel dictamina Eva Illouz (ed. 2023). O se procura moldear en qué situaciones la cordialidad y la empatía pueden resultar más rentables que la ira y la provocación, como fue el caso de la campaña de Biden frente a Trump en 2020 (Alter, 2020). La agresividad -Trump, 2016-, la alegría -Obama, 2008 y 2012-, la sorpresa -Macron, 2017-, combinadas o no con las restantes emociones principales, constituyen otras tantas puertas de apertura del corazón de los ciudadanos, más determinantes que los respectivos programas electorales.

A su vez, la expansión de la tercera ola de la postmodernidad, o postmodernismo reificado, con su énfasis en la victimización de múltiples colectivos (Campbell y Manning, 2018; Pluckrose y Lindsay, ed. 2023), que reivindican su diferencia identitaria por encima de cualquier análisis racional de la realidad, favorece que uno de los estímulos emotivos más practicados y eficaces del momento sea el de la hiperprotección comunitaria de su rasgo particular frente a las supuestas amenazas de los otros.

Surge así el márketing de las identidades, en el que prima mostrar la fusión y fidelidad del líder con su pueblo, o mejor dicho, con los colectivos concretos a los que dice representar y amparar. Poco importa que en la necesidad de abarcar un espectro suficientemente amplio de electores para alcanzar el poder democrático, el político tenga que integrar una heterogénea y hasta contradictoria amalgama de parroquias. Se trata por tanto de acumular, aun cuando el pegamento de la agregación penda de un hilo exclusivamente emocional, una masa variopinta poco afianzada en pactos organizativamente sólidos y de convergencia racionalizada. Lo relevante es que dicho político seduzca a cada uno de los sectores-diana mediante la satisfacción del instinto básico de que empatiza con ellos y los ama por encima de todo (aun cuando en la práctica pudiera causarles perjuicios objetivos); y que se funde con ellos de manera mucho más incondicional que la del resto de políticos competidores.

En tal contexto, la política deviene una cuestión de feligresías que sienten cohesivamente en el plano simbólico de los relatos y las escenificaciones. Y donde cada vez tiene menos cabida la discusión programática o la transacción de pactos con quienes se consideran parroquias rivales. Arias Maldonado (2016: 21) percibe en esa línea «el reverdecimiento de las religiones políticas». Y acorde con ello cabe añadir que las guerras de religión vuelven al núcleo de la política, aunque el combate no se refiera ya a discrepancias teológicas sino a melodramas socioculturales y estilos de vida intolerantemente idealizados.

Dicho panorama favorece que los grupos y líderes más populistas expriman al máximo los resortes emotivos que con mayor facilidad impactan la sensibilidad

dominante y que los asesores de imagen saben muy bien cómo canalizar. Pero cabe preguntarse si el espacio público queda ya cerrado a otros líderes y agrupaciones que fieles a los viejos ideales del debate de ideas y la superioridad intelectual y moral de los hechos probados, quisieran aún confiar en la eficacia de las argumentaciones racionales para construir mayorías y ganar elecciones.

Es seguro que, como apunta Persily (2017:72), «la política de los espectáculos sin fin no puede resultar saludable para la democracia», por lo que su proliferación manifiesta en los últimos tiempos es uno de los factores que puede explicar la paulatina infiltración de prácticas iliberales que amenazan con la muerte por descomposición interna de las democracias (Levitsky y Ziblatt, 2018). El desmantelamiento de las instituciones que garantizaban el equilibrio de poderes resulta sin duda mucho más sencillo cuando los aspirantes a autócratas despliegan sus encantamientos emotivos mientras los defensores de las reglas democráticas parecen oponer tan sólo denuncias racionalizadas que resultan aburridas o abstrusas a buena parte de la población.

En un mundo tan sentimentalizado como el presente, no cabe seguir apelando al viejo antagonismo de la racionalidad, supuestamente superior, frente a los impulsos emocionales. Y no sólo porque este momento cultural esté tan volcado hacia las primacías afectivas, sino porque, como han demostrado las investigaciones mencionadas al inicio de este trabajo, el ser humano no puede ser interpretado ya como un ente de reacciones alternas, en ocasiones lógico-racional, en otras emocionable y sentimental. Sino como una conciencia que simultáneamente piensa afectivamente y siente aquello que piensa (Máiz, 2010).³⁰ Como también recuerdan Rúas y García Sanz (2018: 159), citando a José Antonio Marina –quien a su vez se remonta a Hegel–, «el moralismo que condena la pasión por el mero hecho de ser pasión es un moralismo muerto y en muchas ocasiones hipócrita». Pero además se revela hoy completamente improductivo para combatir los excesos antirracionalistas que amenazan nuestra comunicación sociocultural y política.

9. Conclusiones propositivas e hipótesis para investigaciones ulteriores en comunicación política

De la construcción teórica desarrollada hasta aquí cabe concluir en algunas hipótesis de partida que sirvan para ser contrastadas en investigaciones posteriores específicamente acotadas y sistematizadas:

30 Entre las conclusiones que al respecto aporta este autor pueden destacarse, en mi opinión: 1. Las emociones son cognitivas y por lo tanto carece de sentido establecer una escisión conocimiento/sentimiento [...]. 4. La «razón» depende internamente de la emoción en orden a definir lo que es central y vital para nosotros [...]. 5. La razón depende de los sistemas emocionales para gestionar las acciones que por sí misma no puede ejecutar [...]. 6. A su vez, los juicios (valores, creencias) influyen las emociones: las emociones se forman tras una evaluación de objetos/eventos en una situación dada.

- La comunicación política y el comportamiento político contemporáneos contienen una creciente y a menudo dominante componente emotivo-sentimental.
- Las manifestaciones emotivo-sentimentales de las élites políticas se retroalimentan con el «habitus emocional» preexistente en la opinión pública a las que aquellas responden.
- Los excesos emotivo-sentimentales del discurso político y las acciones políticas constituyen un componente primordial de las prácticas populistas y amenazan la calidad democrática de nuestras sociedades.
- La comunicación política reivindicadora de los ideales democráticos y la argumentación racional requiere denunciar los excesos del sentimentalismo perniciosos para la democracia. Pero también, incorporar dosis moderadas de sensibilización emotiva para acceder a la atención y reflexión de la ciudadanía.

Para lograr, en efecto, que la ciudadanía contemporánea no se deje atrapar exclusivamente por los abusos sentimentalizantes y populistas es cierto que, según indican también Rúas y García Sanz (Ibid., p. 160), «el problema no está tanto en dejar de apelar a las emociones públicas, sino en hacerlo de la forma correcta y sin un exceso que conduzca a la perversión». Idea que de manera similar han planteado otras reputadas especialistas en ética y teoría política como Victoria Camps (2011) y Martha Nussbaum (2013).

Pero la dificultad estriba en cómo llevar dicha propuesta a la práctica. Desde luego resulta indispensable el desenmascaramiento crítico de las falacias y consecuencias objetivamente desastrosas que conllevan muchas corrientes de opinión simplistamente sentimentalizantes. Y para ese análisis y su diagnóstico sigue siendo preciso aplicar dosis amplias de rigor epistemológico, acumulación de conocimientos contrastados y confianza en la propia validez del método dialéctico racionalista (que asume no obstante un vigilante escepticismo frente a los excesos de su propio idealismo).

Pero a continuación hace falta también transmitir las conclusiones de esas refutaciones y de las propuestas socioculturales y políticas derivadas de ellas de una manera que la ciudadanía pueda sentir las como claras de entender y atractivas de asumir. Que los políticos defensores de los valores democráticos liberales y de la salud de sus instituciones garantistas transmitan también pasión en sus propuestas, impacten en la fibra sensible de los electores y afronten la confrontación comunicativa con sus rivales populistas sin incurrir en las mismas exageraciones viscerales de estos últimos. Pero con las dosis suficientes de «inteligencia emocional» para que sus argumentos brillen sin dejar de ser fieles a los principios de objetividad razonablemente alcanzable y coherencia lógica. El mismo marketing

político que con tanta facilidad ayuda a los líderes y movimientos sensibleros puede servir también para realzar las ofertas políticas racionalmente basadas en pruebas sólidas y asequibles; no meramente románticas.

Desde luego no será fácil mostrar de forma atrayente a la población la urgencia de recortes económicos o sacrificios sociales cuando éstos resulten necesarios; ni crear entusiasmo por el afianzamiento de las normas que aportan regularidad impersonal a las instituciones en lugar de quebrarlas en favor de cada excepción particular que cause impacto dramático. Y será todo un reto lograr que los candidatos más sensatos, trabajadores, con experiencia de gestión y visión a largo plazo resulten más sugerentes y movilizados que las pseudo estrellas políticas surgidas de una teatralización episódica, que prometen una revolución inmediata diluida después en simples coreografías. La inspiración emocionante tiene que formar parte también del repertorio comunicativo de quienes aspiran a defender la perdurabilidad de la democracia frente al caos y el desprestigio de la política a que la condenan los grupos más negacionistas del contraste racional. Sólo que su modelo ha de asumir una persuasión que evite la manipulación y no renuncie al realismo.

Referencias

- Abellán, Pedro (2017). Tiempos de posverdad: Qué verdades son posibles en política. En: *Más Poder Local Magazine*, n° 32, pp. 10-12, julio.
- Alter, Charlotte (16/04/2020). A Battle for the Soul of the Internet.' Joe Biden Tries to Adapt to a Digital Campaign. En: *Time*.
- Álvarez Rufs, Manuel (2019). Conceptualización del término Posverdad. Una propuesta de definición. En: *Concienciacritica.org*, Consultado el 9 de julio de 2024 en https://concienciacritica.org/wp/wp-content/uploads/2019/02/ColecciónEA_Posverdad_Fake-News_01.pdf
- Arfuch, Leonor (2016). El “giro afectivo”. Emociones, subjetividad y política, En: *deSignis*, vol. 24, pp. 245-254.
- Arias Maldonado, Manuel (2023). Una cuestión de expectativas. En: *The Objective*, 12-VII.
- Arias Maldonado, Manuel (2016). *La democracia sentimental. Política y emociones en el siglo XXI*. Barcelona: Página Indómita.
- Arias Maldonado, Manuel (2014). La democracia sentimental, En: *Letras Libres*, Junio, pp. 28-30.
- Barthes, Roland (ed. 2000). *Mitologías*, [1957]. Madrid: Siglo XXI.
- Baudrillard, Jean (ed. 2008). *De la seducción*, (v.o. 1979), Madrid: Cátedra.

Bauman, Zygmunt (1996). Teoría sociológica de la posmodernidad. En: *Espiral*, vol. II:5, enero-abril, pp. 81-102.

Buitrago, Daniel (2021). La emoción y el sentimiento: Más allá de una diferencia de contenido. En: *Digithum*, n.º 26, pp. 1-12. DOI: <https://dx.doi.org/10.7238/d.0i26.374140>

Calcutt, Andrew (2004). Post-Political Journalism: Ethics and Aesthetics among News Manufacturers. En: Paterson, Chris y Sreberny, Annabelle (eds.) (2004): *International News in the 21st Century*. Hanrs: John Libbey.

Campbell, Bradley y Manning, Jason (2018). *The Rise of Victimhood Culture: Microaggressions, Safe Spaces and the New Culture Wars*. Nueva York: Palgrave MacMillan.

Camps, Victoria (2011). *El gobierno de las emociones*. Barcelona: Herder.

Clough, Patricia T. y Halley, Jean (eds.) (2007). *The Affective Turn. Theorizing the Social*. Durham: Duke University Press.

Dader, José Luis (2015). Fascinados por Podemos. Un fenómeno natural de la «Democracia Sentimental». En: *H-ermes. Journal of Communication*, n.º 4, 13-45.

Dader, José Luis (2012). Periodismo político y política del periodismo: Imaginando un futuro digno y sostenible. En: Berrocal, Salomé /yCampos, Eva (eds.): *La investigación en periodismo político en el entorno de los nuevos medios de comunicación*. Madrid: Sociedad Española de Periodística.

Dalrymple, Theodore (ed.) (2016). *Sentimentalismo tóxico. Cómo el culto a la emoción pública está destruyendo nuestra sociedad* (v.o. 2010). Madrid: Alianza.

Damasio, Antonio (1994). *Descartes' Error: Emotion, Reason and the Human Brain*. Nueva York: Putnam.

Debord, Guy (1967). *La société du spectacle*. Paris: Buchet/Chastel.

De Sousa, Ronald (1990). *The Rationality of Emotions*. Cambridge: The MIT Press.

Edelman, Murray (ed. 1991): *La construcción del espectáculo político* (v.o. 1988). Buenos Aires: Manantial.

Ekman, Paul (1992). An Argument for Basic Emotions. En: *Cognition and Emotion*, Vol. 6: 3-4, pp. 169-200.

Errasti, José (21/11/2021). Amor a nada en concreto, En: *Huffingtonpost.es*, Consultado el 9 de julio de 2024 en https://www.huffingtonpost.es/entry/amor-a-nada-en-concreto_es_6199792ae4b044alcc087b83.html

Fabbri, Paolo (2007). Enunciación y objetividad en el periodismo. Conferencia Inaugural del *Máster en Investigación en Periodismo: Discurso y Comunicación*. Madrid: Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense, 16 de octubre.

Fiorina, Morris y Abrams, Samuel (2008). Political Polarization in the American Public. En: *Annual Review of Political Science*, 11, pp. 563-588.

- Fiuri, Érika (2024). *La apelación emocional en las campañas posmodernas bajo el marco de la "sensiocracia". Un caso de estudio*. Tesis Doctoral. Madrid: Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense.
- Frijda, Nico (1986). *The Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gallardo, Beatriz (2018). *Tiempos de hipérbole. Inestabilidad e interferencias en el discurso político*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Gallese, Vittorio y Lakoff, George (2005). The Brain's Concepts: The Role of the Sensory-Motor System in Conceptual Knowledge. En: *Cognitive Neuropsychology*, Vol. 22:3-4, pp. 455-479.
- Gidron, NoamM Adams, James y Horne, Will (2020). *American Affective Polarization in Comparative Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gioscia, Laura y Wences, Isabel (2017). Sentir la política: la relevancia de las emociones para la vida política contemporánea. En: *Crítica Contemporánea. Revista de Teoría Política*, n° 7. Dossier Diciembre, pp. ii-vi.
- Goleman, Daniel (1995). *Emotional Intelligence*. Nueva York: Bantam Books.
- González, Santiago (2011). *Lágrimas socialdemócratas. El desparrame sentimental del zapaterismo*. Madrid: La esfera de los libros.
- Gualandi, Alberto (2011). Relativisme postmoderne et exercice du jugement. En: Cany, Bruno et al. *Passages de Jean-Francois Lyotard*. Paris: Hermann.
- Gutiérrez-Rubí, Antoni (2019). *Gestionar las emociones políticas*. Barcelona: Gedisa.
- Habermas, Jürgen (ed.) (1987). *Teoría de la acción comunicativa. Vols. I y II*. Madrid: Taurus.
- Han, Byung-Chul (2014). *Psychopolitik: Neoliberalismus und die neuen Machttechniken*. Frankfurt: S. Fischer.
- Hernández Sampieri, Roberto et al. (ed. 2006). *Metodología de la investigación*. México, D.F. McGraw-Hill.
- Hopkings, Daniel y Side, John (eds.) (2015). *Political Polarization in American Politics*. Nueva York: Bloomsbury.
- Illouz, Eva (ed.) (2023). *La vida emocional del populismo. Cómo el miedo, el asco, el resentimiento y el amor socavan la democracia*. Móstoles: Katz Editores.
- Innerarity, Daniel (2015). *La política en tiempos de indignación*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Iyengar, Shato et al. (2019). The Origins and Consequences of Affective Polarization in the United States. En: *Annual Review of Political Science*, 22: 129-46.
- Jaráiz, Erika; Lagares, Nieves y Pereira, María (2020). Emociones y decisión de voto. Los componentes de voto en las elecciones generales de 2016 en España. En: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n° 170: 115-136.

Joron, Philippe (2014). La société emotionnelle: postmodernité et non-contemporanéité. En *Intexto*, Porto Alegre, UFRGS, N° 30, pp. 142-149.

Lakoff, Georges (ed. 2007). *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*. Madrid: Editorial Complutense.

Lazarus, Richard (1991). *Emotion and Adaptation*. Oxford: Oxford University Press.

Levitsky, Steven y Ziblatt, Daniel (2018). *How Democracies Die: What History Reveals About Our Future*. Nueva York: Penguin Random House.

Lipovetsky, Gilles (ed. 2016). *De la ligereza*. Barcelona: Anagrama.

Lipovetsky, Gilles (1987). *L'empire de l'éphémère. La mode et son destin dans les sociétés modernes*. Paris: Gallimard.

Lordon, Frédéric (2016). *Les affects de la politique*. Paris: Seuil.

Lukianof, Greg y Haidt, Johathan (2019). *The Coddling of the American Mind: How Good Intentions and Bad Ideas Are Setting Up a Generation for Failure*. Nueva York: Penguin Books.

Lyotard, Jean-François (1979). *La condition postmoderne: rapport sur le savoir*. Paris: Minuit.

Máiz, Ramón (2010). La hazaña de la razón: la exclusión fundacional de las emociones en la teoría política moderna, En: *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, n° 149, pp. 11-45.

Marcus, George (2002). *The Sentimental Citizen: Emotion in Democratic Politics*. University Park: Penn State University Press.

Marcus, George et al. (2007). *The Affect Effect. Dynamics of Emotion in Political Thinking and Behavior*. Chicago: Chicago University Press.

Mestrovic, Stjepan (1997). *Postemotional Society*. Londres: Sage.

Molina, Estefanía (2021). *El berrinche político. 2015-2020: Los años que sacudieron la democracia española*. Barcelona: Destino.

Nussbaum, Martha (2013). *Political Emotions: Why Love Matters for Justice*. Cambridge: Harvard University Press.

Perniola, Mario (ed.) (2006). *Contra la comunicación*. Madrid: Amorrortu.

Perniola, Mario (1991). *Del sentire*. Torino: Einaudi.

Persily, Nathaniel, (2017). Can Democracy Survive the Internet?. En: *Journal of Democracy*, Vol. 28, n°2, pp. 63-76.

Pluckrose, Helen y Lindsay, James (ed.) (2023). *Teorías cínicas*. Madrid: Alianza.

Plutchik, Robert (1991). *The Emotions: Facts, Theories, and a New Model*. Nueva York: Random House.

- Quintana De Uña, Diego (2018). *La república mediocre. Acotaciones y reflexiones en torno al sentido de la vida y de la política*. Sevilla: Caligrama.
- Rúas, José y García Sanz, Francisco Javier (2018). *Persuasión y neurociencias. Apelar al cerebro*. Salamanca: Ed. Comunicación Social.
- Sartori, Giovanni (2005). *Partidos y sistemas de partidos: Marco para un análisis*. Madrid: Alianza.
- Sartori, Giovanni (1966). European Political Parties: The Case of Polarized Pluralism. En: Lapalombara, J. / Weiner, M. (eds.), *Political Parties and Political Development*. Princeton: Princeton University Press.
- Serrano, Vicente (2011). *La herida de Spinoza. Felicidad y política en la vida posmoderna*. Barcelona: Anagrama.
- Solomon, Robert (1976). *The Passions: Emotions and the Meaning of Life*. Nueva York: Doubleday
- Stets, Jan (2003). Emotions and Sentiments, pp. 309-335. En: Delamater, John (ed.): *Handbook of Social Psychology*. Boston: Springer US,
- The Economist (2014). When Facts Are Weapons. En: *The Economist*, 3-V.
- Torcal, Mariano (2023). *De votantes a hooligans. La polarización política en España*. Madrid: Los libros de la catarata.
- Torcal, Mariano (2021). La polarización política en España. En Penadés, A. et al., *Informe sobre la democracia en España. El año de la pandemia*, Madrid: Fundación Alternativas.
- Vásquez Rocca, Alejandro (2011). La posmodernidad. Nuevo régimen de verdad, violencia metafísica y fin de los metarrelatos. En: *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, n° 29. DOI: https://doi.org/10.5209/rev_NOMA.2011.v29.n1.26807
- Vattimo, Gianni y Rovatti, Pier Aldo (eds.) (1983). *Il pensiero débole*. Milán: Feltrinelli.
- Verd, Joan y Lozares, Carlos (2016). *Introducción a la investigación cualitativa. Fases, métodos y técnicas*. Madrid. Síntesis.
- Villaplana, Ramón (2022). El cóctel de la polarización: los ingredientes de una España agitada por los partidos políticos. En: *La Razón Histórica*, n° 55: 148-167.
- Villegas, Manuel (2020). *La mente emocional*. Barcelona: Herder.
- Wagner, Markus (2021). Affective polarization in multiparty systems. En: *Electoral Studies*, n° 69, artículo n102199.
- Westen, Drew (2007). *The Political Brain. The Role of Emotions in Deciding the Fate of the Nation*. Nueva York: Public Affairs.

